

EL que fuera llamado «padre y fundador de la novela erótica» ha sido, sin duda, una de las víctimas más propicias del estrecho corsé moral con que se inauguraba la posguerra. Sin tener en cuenta la serie de sugerentes y sintomáticos rasgos que su figura y su obra destacan en lo que fuera el inconsciente literario de su época, Felipe Trigo ha venido siendo despachado por manualistas y críticos con cuatro líneas que repetían sistemáticamente la pérdida de su significación literaria y su consiguiente rechazo moral. Sin embargo, un somero recorrido por las publicaciones y revistas de su tiempo nos da ocasión de contemplar la imagen de un personaje popular y polémico, contradictorio y ni mucho menos alejado de los grandes debates de sus contemporáneos.

Posiblemente sea a partir de ese maremágnum de actitudes regeneracionistas que se engendran con la Restauración, desde donde podamos empezar a desvelar la figura de este provinciano que, en las aulas del instituto de Badajoz, imita los ripios de Adelardo López de Ayala, y que cuando culmina sus estudios de Medicina ha decidido cambiar los versos por trascendentalistas artículos acogidos en esa especie de jardín de las lamentaciones que es el diario «El Globo»; para terminar siendo el novelista más leído y vendido en España, junto a Blasco Ibáñez.

Con el fin de conquistar esta situación, Felipe Trigo va a ir colocando de forma admirable todos aquellos elementos que puedan llevarle hasta la posición de escritor reconocido que siempre quiso ser. En este sentido, los avatares pasados como médico militar en la guerra filipina, que le devuelven a España convertido en héroe popular, serán aprovechados para publicar «**La campaña filipina. El general Blanco y la insurrección**» (1897), que provocará una violenta polémica sólo acallada por el trauma colectivo de la pérdida de Cuba.

Será al constatar la validez y fuerza de ese modelo, recogido a medias por regeneracionistas y estetas, que representa el triunfo fulminante de «**Las Ingenuas**» (1901), cuando Felipe Trigo afronte directamente la tarea

de construir la novela erótica española y se sienta «escritor», con todo lo que esto representa en su contexto ideológico de transmisor de verdades y portador de la Razón. Por tanto, el momento de polemizar con Unamuno o de enmendar la plana a Pablo Iglesias; de redactar grandes proyectos, como el del semanario «La Vida» y el «Casino de escritores»; o de recibir a los adulaadores en su tertulia del Lyon d'Or.

Pero, también, de escribir «**La sed de amar**» (1903), «**Alma en los labios**» (1905), «**La Altísima**» (1907)..., y así hasta quince extensas novelas, multitud de novelas cortas, ensayos, teatro, etc...

El caso es que el exclusivismo con que ha sido presentada su actitud regeneracionista, repartida ésta entre krausistas y noventaiochistas, nos ha privado de conocer otras vetas, menos trascendentalistas pero igualmente importantes, de esta misma actitud, que sin duda están presentes en nuestro Novecientos. Por otra parte, la posguerra española serviría de rigurosa cárcel para esa ingente producción de novelas eróticas y sociales que se hicieron en España en el primer tercio del siglo XX.

No obstante, la renovación metodológica de nuestros historiadores y críticos está abriendo ya perspectivas más halagüeñas en la necesaria revisión de una etapa a la que se dio carpetazo de

forma unilateral. Por otra parte, la brecha que abrió Juan Marsé con la publicación de una olvidada novelita de Trigo en la revista erótica «Boccaccio» («**El Semental**», «Boccaccio», 1970) se ha ampliado con la reciente impresión de dos de sus mejores novelas: «**El médico rural**» y «**Jarrapellejos**» (Editorial Turner, 1974-75), y hasta es posible que dentro de poco podamos asistir a la proyección de «**La Bruta**».

Mientras tanto, algún erudito villanovense (Trigo había nacido en Villanueva de la Serena en 1864) sigue clamando desde el periódico de la provincia por la apertura de una calle que lleve el nombre de Trigo y los estudiantes de español en universidades extranjeras siguen sin entender la torpe consideración de «pornográfico» que se le ha atribuido ■

Noticia de Felipe Trigo

